

Nº 23 pag 21

Antonio Machado y Nuñez.

# ANTROPOLOGÍA

CUADERNO 3.º

MADRID

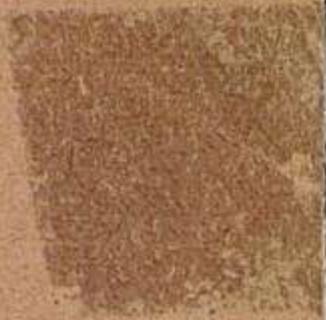
IMPRESA ECONÓMICA DE LUIS CARRIÓN (HIJO)

Isabel la Católica 11 dup.º

1892



3737



Faint, illegible markings or text in the upper left quadrant.



Q. 3737

C. 27



# ANTROPOLOGÍA

## I.

La historia del trabajo y de la industria en los primeros albores de la inteligencia humana; la lucha por la defensa propia y la de su proge- nie, aguzó las delicadas fibras del cerebro del hombre, evolucionándolas lentamente hasta alcan- zar para lo porvenir de su especie, aquella ilustración y grandeza que tuvieron las nacio- nes del Oriente, legando á los futuros siglos, como muestra de su saber é ingenio, esos so- berbios monumentos del Egipto y las magníficas ciudades de Persépolis, Ninive, Tebas y Babilo- nia, cuyas ruinas se contemplan hoy con asom- bro. ¡Qué contraste! El ser más debil de este oscuro planeta, ha llegado á obtener el prefe- rente lugar entre los más perfectos del reino or- gánico, merced á los destellos luminosos de su

inteligencia, al desarrollo de su cerebro, que ha ido mejorando sucesivamente sus ideas, hasta asegurarle el supremo dominio de este sol apagado de que se ha hecho indiscutible propietario.

La especie humana sintetiza los organismos de todos los animales; siendo como el resumen de ellos, el hombre conserva por ley de herencia la estructura física de los animales superiores, pero por desgracia ha heredado también sus cualidades morales, y en el resultado de su organismo más adelantado no han desaparecido completamente aquellas: aún conserva caracteres violentos y sanguinarios: como las fieras, es intransigente y cruel; pero va perdiendo con la educación y la cultura, ese triste legado de su origen, á medida que su civilización aumenta y sus facultades intelectuales van atrofiando las que le embrutecían, empezando á sobresalir otras, que le enaltecen y le permiten merecer el título de humano con que se enorgullece.

Aún subsisten pueblos estadizos en los que no influye la ineludible ley del progreso: unos, como los pueblos tártaros, oponen obstáculos insuperables á su cultura; otros, como naciones ó colectividades estadizas ó conservadoras, son una rémora para los adelantos de la humanidad.

Estas consecuencias se deducen de la exposición antehistórica de nuestra especie, de su

creciente inteligencia á través de los siglos, desde su estancia en los bosques huyendo de sus enemigos, escalando las rocas y montañas escabrosas, oculto en las cavernas ú oquedades del suelo ó refugiado en los Palaftos, en medio de los rios ó de las lagunas, buscando siempre en la caza ó en la pesca los medios seguros de alimentarse: por todas partes se presentan señales de su paso é industria primitiva.

La Antropología nos indica como fundamento de su objetivo el justificado principio de proceder de lo conocido á lo ignorado, porque el método contrario, aunque haya tenido la ventaja de crear la fantasía ó ilustraciones no conformes con la razón, ha perfeccionado, sin embargo, el entendimiento, llevándonos por largo y pesado camino al hallazgo de la verdad.

Así, pues, para conocer al hombre deben tomarse como datos ineludibles el estudio de sus adelantos en los períodos antehistóricos, la distribución de sus razas en las diferentes regiones del globo, su primitiva industria, la formación de sus diversos idiomas, la influencia del clima en su morfología y la supervivencia de sus costumbres y vocalización en su lenguaje.

Los varios acontecimientos que tendrían lugar en remotos y olvidados siglos, cuando ni la historia ni la escritura permitían consignarlos en la vida de los primitivos pueblos, solo la tradi-

ción confusa, ignorante y apasionada podía servirnos de debil nota, para formar inseguro juicio sobre ella: la historia misma, por más grande que sea la imparcialidad del juicio del historiador inteligente, no es bastante para formar fuente de verdad, de exactitud y de justicia. Y si quisiéramos aducir pruebas antiguas y modernas, sobre los hechos pasados y presentes, una crítica imparcial é independiente las aduciría en contra de las aseveraciones de los más exactos historiadores. Por fortuna la antropología recoge de la arqueología, de la lingüística, del nombre de una montaña, de un dolmen, de una piedra ú objeto cualquiera, preciosos datos que reunidos, constituyen un cuerpo de doctrina, capaz de explicar por sí solos, oscuros y olvidados sucesos.

En las naciones cultas de Europa se recogen con avidez antecedentes y supervivencias que reconstituyendo la historia de la humanidad, busca en el saber popular, en los hábitos, costumbres, idiomas é inveteradas supersticiones, los lazos de esa inmensa cadena que, empezando en el hombre salvaje, en las tribus bárbaras, viene á terminar en el europeo, en el representante del siglo XIX, en esos grandes descubrimientos de las ciencias físico-químicas y naturales, para continuar su maravillosa progresión en los venideros tiempos por las biológicas y sociales.

Muchos ejemplos podríamos citar en nuestra patria que nos revelan períodos y sucesos no sospechados por la historia ni la tradición y desapercibidos ó no explicados por las generaciones actuales; citaremos uno solo para comprobar lo expuesto.

En la región conocida por el Andévalo, provincia de Huelva, hay una cordillera de cerros que no merecen el nombre de montañas, y que desde tiempo inmemorial se conoce con la denominación de sierra del Tarsis. Ahora bien, ¿quién ha puesto ese nombre, de dónde proviene esa denominación á un grupo de montes de no muy elevada altura (300 metros) sobre el nivel del mar? Se ignora. Solo por la fábula puede explicarse.

Pero lo notable es que esta sierra del Tarsis forma un centro metálico de minerales de cobre, de piritas ó sulfuros cobrizos y ferruginosos, si no muy ricos por sus metales, al menos de una abundancia tal, que los filones tienen una anchura que alcanza algunas veces más de cien metros: hay además numerosas minas de manganeso, y su estudio geognóstico indica pertenecer al carbonífero inferior, como lo atestigua la *Posidonomia Béchery*, molusco marino fósil que el autor de este artículo encontró por la vez primera en las inmediaciones del Alosmo y en otros varios puntos de la provincia.

Los escoriales abundan tanto en esta comarca, que suponen una extracción antigua de minerales diversos, durante muchos siglos: se ocurre desde luego preguntar, ¿qué raza ó nación industrial y poderosa pudo descubrir y explotar tan abundantes depósitos metalúrgicos? ¿Fueron los Tirios, Sidónios, Rodios, Fenicios ó Cartagineses, los que sucesivamente trabajaron en este rincón de la Península Ibérica? No puede responderse con exactitud á esta pregunta: hay vestigios de estas varias dominaciones, de la Romana y Visigoda, y aún de la Arabe, que imprimió más carácter á los habitantes de España: hay máquinas, instrumentos, útiles, armas de épocas diversas, vasijas, monedas, aras, piedras drúidicas: en monedas predominan las romanas y no son raras las visigodas. Véanse también señales de antiguas carreteras: en el pueblo del Cerro y de Calañas, no lejos de una mina de cobre, existía una fábrica de mazos ó martillos de piedra diorítica, y el ilustrado Director de aquellas minas D. Ricardo Garay recogió cientos de ejemplares, que fueron distribuidos generosamente en los museos de España y de otras naciones: este ejemplo basta para probar que solo la Antropología y la Prehistoria auxiliada por la Ciencia puede contribuir á esclarecer la parte ignorada de aquellos fabulosos tiempos.

Los antropologistas y entre ellos M. Tylor exponen en narraciones sucintas la tradición, costumbres, lenguaje y supervivencias del estado salvaje y de las hordas bárbaras de aquellos remotos tiempos; y da á conocer los instrumentos primitivos que usaban en su defensa, las hachas de Silex labradas á golpe en el período *paleolítico* ó pulimentadas en el *neolítico* anterior á los objetos de alfarería basta y legamosa en que se inicia ya un sentimiento artístico: la industria de los metales en la edad del bronce y del hierro viene, después. ¡Cuántos datos desconocidos de la generalidad de los hombres más ilustrados se encuentran exactamente explicados en el estudio de la Antropología!

Todas las artes útiles, desde su origen en la época de la piedra basta y pulimentada hasta los tiempos modernos en que la industria, el comercio y las ciencias han adquirido tan asombrosos adelantos en el trascurso de los siglos, aparecen expresados con tal sencillez y exactitud en la prehistoria que no les falta un dato esencial para justificar su progreso, de una manera concreta y siempre interesante.

La ciencia tuvo su origen en el oriente: los sacerdotes egipcios resumieron todos los conocimientos alcanzando una vasta instrucción; pero dogmatizaron y oscurecieron en demasia las verdades que adquirirían: las consideraban como

sagradas é inmutables, error de todas las creencias positivas: no quieren discutir las ni enseñarlas á sus adeptos; si hubieran procedido de una manera contraria, la civilización de aquel pueblo se habría comunicado á otras naciones, hubieran elevado la inteligencia de las colectividades populares, demostrándoles sus conocimientos; pero tales obstáculos opusieron á la difusión de las ideas, con el simbolismo de sus doctrinas, y de tal manera embrollaron su sentido y expresión, que ellos mismos concluyeron por no entenderlas, sufriendo en cambio la indiferencia de los pueblos, que embrutecidos por la ignorancia á que los condenaban, acabaron por sumirse en una abyección completa, perdiendo el sentimiento de su dignidad y amor á la patria, en odio á sus sacerdotes; por estas causas el imperio de los Faraones, se disolvió: los Persas, mandados por Cambises, lo conquistaron, y desde entonces, transcurridos dos mil años, no han podido reconstituirse con libertad propia, ni fundar un país independiente.

Pero por fortuna para el progreso humano, los griegos, iniciados en los misterios y dogmas de la civilización egipcia que habían estudiado como discípulos, las trasladaron á su patria, y esta raza creadora del pensamiento libre y de la más amplia discusión, las propaga y perfecciona con su claro ingenio y la sabiduría de sus

filósofos, trasmitiéndolas á la posteridad sin trabas ni preocupaciones de ninguna especie.

## II

Vamos á ocuparnos ligeramente de lo que se llama por lo general el mundo espiritual: es decir, de la mitología, la historia y la sociología.

Lo primero que fija nuestra atención en el estudio de los pueblos salvajes, antiguos y modernos, es la idea del espíritu generalizada en las primeras sociedades y conservada en las naciones cultas y mal educadas de la presente época: desprovistos de todo rudimento científico, los pueblos primitivos, daban completo ascenso á sus sentidos y creían que una causa suprema, material y positiva, reglaba nuestro planeta á su antojo, considerándolo como único universo y objeto exclusivo de la creación: todo lo demás era accesorio y complementario de las perfecciones de la Tierra: el Sol y la Luna giraban á su alrededor para alumbrarla é influir en la vida del hombre: el alma de éste era imperecedera; pero una vez corrompido el cuerpo por la muerte, el espíritu se convertía en sombra perpétua, apareciéndose en el sueño ó la vigilia, sin perder un átomo de su materia y forma: los vestidos y los adornos que usaban eran también inmortales para su imaginación trastornada.

La humanidad permaneció estadiza con semejantes ficciones; la razón ilustrada las rechaza aunque han estado muchos siglos en la mente del hombre; el órgano en que radican se va perfeccionando cada día con nuevos descubrimientos; y esas supervivencias de la infancia de los pueblos que superaron en la Roma pagana, desaparecieron del dominio de la historia moderna, y si se conservan aún en colectividades ineducadas, no está lejano el día en que se borren completamente.

Los pueblos no están bastante ilustrados todavía para comprender estas verdades y aplicarlas al mundo intelectual; y las creencias de los salvajes permanecen en nuestras costumbres y en nuestros principios de gobierno, porque no les acomoda á éstos, influir en las ideas para cambiar el modo de ser de las naciones civilizadas.

A este error llaman los que de ilustrados se precian, la razón de estado: es imposible, dicen, inculcar en las muchedumbres las reformas convenientes, exigidas por el progreso y la ciencia, porque entonces quitaríamos á los pueblos el freno para dominarlos y mantenerlos en la obediencia.

Los aruspices de Roma cuando se encontraban solos se reían de las supercherías con que engañaban á las muchedumbres.

Un Papa *humano*, al pedirle el pueblo su bendición apostólica, le contestaba: "¿Y para qué la quereis, si no vale más que la vuestra? Yo soy, como vosotros, un mísero mortal que para nada influye en la voluntad del Hacedor Supremo, pero si quereis mi bendición, yo os la envío por igual para todos los hombres, judíos, ateos, moros y cristianos, porque todos sois hijos de Dios cualquiera que sean vuestras creencias."

Los sacerdotes egipcios, representantes de aquella remota y admirable civilización, eran tan crueles como egoístas, y sacrificaban á los vencidos de una manera bárbara; y sin embargo, ocultaban sus dogmas con un simbolismo incomprendible, para que los pueblos que regían los considerasen por su saber como únicos depositarios y árbitros ineludibles de la conciencia humana. Otro tanto hicieron los hebreos, y si fueron más explícitos en sus doctrinas, si afirmaron los dogmas divulgándolos con más amplitud, el espíritu intolerante y cruel continuó y lo transmitieron al cristianismo, alcanzando á los sacerdotes católicos con el establecimiento del Tribunal de la Fé.

Egoístas y ambiciosos, procuraron á toda costa engañar á los pueblos, unas veces prediciendo el fin del mundo, el reinado de la felicidad en la otra vida, la buena nueva anunciada como próxima é inmediata, para desprender á

los adeptos de los bienes terrenales, entregándolos á la caridad, es decir, á ellos, para poseer grandes riquezas, construir templos magníficos, conventos numerosos, donde sus habitantes pudieran con toda tranquilidad orar y elevar sus preces al eterno, para que alcanzasen los creyentes la bienaventuranza.

Todavía pretenden hoy los ministros de diversas creencias, acaparar la razón libre del hombre y dominar las conciencias, obligándolas por la astucia y la fuerza á seguir un camino errado; y no conseguirían su objeto si los hipócritas, débiles y egoístas no los favorecieran con su protección é indiferentismo. En España los conventos se multiplican: las asociaciones de mujeres místicas han llegado á su apogeo y su número es superior á las que existían en tiempos de la exclaustación. Si los hombres del año 35 y 36 levantaran la cabeza y viesan lo que sus hijos y discípulos hacen para destruir las reformas que á espensas de tanta sangre generosa, plantearon, renegarían de sus hermanos y descendientes, cómplices en desvirtuarlas; pero estos apóstatas de las ideas de sus padres, tendrán al menos en su conciencia el remordimiento de los males que causan á la patria en lo presente y lo porvenir.

La causa de todas estas trasgresiones del sentido moral, consisten en la mala dirección que

damos á la juventud en la primera enseñanza: la idea del alma, del espíritu, que inculcamos en los adolescentes, los aparecidos, el temor á los muertos, restos inofensivos que nos representan como fantasmas, volando de un lado á otro, ó de sombras reales que graban tan profundamente en nuestro cerebro y permanecen en nuestra memoria, mantienen semejante desvarío aún en los hombres cultos, y como los salvajes de los primitivos tiempos, celebran hoy algunos pueblos civilizados el aniversario de sus difuntos depositando en sus tumbas alimentos, dulces y bebidas para que puedan confortar su larga abstinencia con los manjares que en vida les eran más gratos.

El sentido de esos cultos paganos impera todavía en las costumbres modernas, aunque modificado de diferentes maneras, y la Antropología describe esas supervivencias que aún quedan en las sociedades actuales y la crónica del saber popular constituye con sus investigaciones una ciencia nueva á que los ingleses denominan Folk-Lore (saber popular ó del pueblo.)

En otro orden de ideas transmitidas por los siglos y conservadas por todas las razas no educadas, figuran todavía las de los indios de América, Asia y negros africanos, que creen en los buenos y malos espíritus que viven constantemente alrededor de sus chozas y casas. Alguna

vez los creen productores de dichas y bienandanzas, otras más frecuentes anuncian enfermedades, guerras y males diversos; las fiebres tan generalizadas en aquellos países, las atribuyen á un mal espíritu que los atormenta introduciéndose en su cuerpo; necesitan valerse de promesas cariñosas para arrojarlo y que se vaya con la música á otra parte; le ofrecen alimentos sustanciosos, bebidas alcohólicas, arroz y otros presentes; cambian de postura á los enfermos para hacer más fácil la salida del diablo, de la cabeza, pecho ó cualquier otro órgano donde lo creen aposentado; emplean fricciones, unturas, baños para obtener su evasión, maldiciones, conjuros, exorcismos que practican las brujas ó los hechiceros.

Los indios de Chile y del Perú, más observadores de los seres de la naturaleza, enseñaron á los españoles multitud de plantas verdaderamente útiles y medicinales, entre ellas citamos como ejemplo la del árbol de la quina, cuya corteza aconsejada su uso por un cacique, curó de una fiebre intermitente y pertinaz á la Condesa de Chinchón, esposa de un virrey del Perú, y el nombre de esta señora se ha inmortalizado en el más útil é importante medicamento de la terapéutica.

En España se practican aún exorcismos y conjuros como entre los salvajes; pero esta cos-

tumbre va desapareciendo con el uso del bromuro de potasio, mucho más eficaz que el agua bendita (aunque sea de Lourdes) para ahuyentar los demonios y malos espíritus del cuerpo de los epilépticos, fanáticos ó monomaniacos.

Los fenómenos físicos del globo eran también considerados como dependientes de los malos espíritus que intervenían en ellos á su voluntad y á quienes la religión griega dió nombres diversos, considerándolos como dioses de aquel Olimpo ó Asamblea que regia los destinos del mundo. Así Neptuno con su satélite Eolo desencadenaba los vientos y producía las tempestades en los mares y los ciclones en los continentes; y Júpiter, irritado contra los mortales, lanzaba sus rayos á diestro y siniestro para castigar á los hombres.

Conservamos también en los presentes tiempos el mismo terror supersticioso que inspiraban las tormentas entre los paganos; y aunque la ciencia moderna demuestra hoy que esos trastornos súbitos de la naturaleza, que la causa del trueno y del rayo son consecuencias ineludibles de las leyes universales que rigen el mundo físico, todavía las gentes sencillas y no educadas los atribuyen á la influencia de los espíritus maléficos ó á la colera del Hacedor Supremo que gobierna nuestro pequeño planeta y los Universos infinitos.

No acabaríamos de enumerar las grandes enseñanzas que el estudio de la Antropología nos explica al tratar del *mundo espiritual*, donde están condensados todos los errores y preocupaciones de las edades pasadas, influyentes aún en los pueblos civilizados y perjudiciales á la ilustración general.

Los espíritus del mal ó del bien ó los demonios y los angeles, en opinión de todas las creencias, se han posesionado de la Tierra como de un campo de batalla para disputarse el dominio del alma humana, y esta idea primordial en el cerebro de los salvajes y de los bárbaros, es hereditaria por no decir instintiva en las naciones modernas, aunque representadas de diferente manera en las razas y variedades humanas, según influencias externas envolventes ó de educación, que solo la ciencia puede hacerlas desaparecer en los futuros siglos.

### III

Es indudable que los primeros historiadores consignaban en sus paginas sucesos y narraciones cuyas causas verdaderas desconocían por la ignorancia de su tiempo; pero los modernos pueden juzgarlas con superior criterio, pues la antorcha de la ciencia actual les permite discurrir con más exactitud que sus predecesores. El mis-

mo Herodoto desecha en su inmortal libro como falsas, muchas narraciones de tiempos pasados, y admite por el contrario, como verdaderas las que eran tenidas por fabulosas.

Los historiadores de nuestra época saben más que los antiguos: distinguen lo probable de lo imposible; son más imparciales en la descripción de los sucesos, porque están en posesión de muchos datos suministrados por el estudio de la ciencia, de las antigüedades, de los monumentos y lenguajes. La Antropología comprende además la prehistoria, las variedades de razas, de los animales y plantas que cubren el suelo, el origen del hombre y su desenvolvimiento; comprueban por ejemplo, que es una fábula la existencia de hombres gigantes, error en que incurrieron los historiadores antiguos; el supuesto rey de los cimrios, Teuetóbono, de imposible talla, cuyo sepulcro se había encontrado en los estratos del suelo, era una salamandra: las muelas de San Cristóbal, venerada como reliquia en una iglesia católica, eran el diente molar de un elefante fósil.

Los griegos con su espíritu independiente, juzgaban ya como una fábula que sus dioses invitaran en sus festines del Olimpo á los míseros mortales para obsequiarlos.

Nuestros poetas y pintores se valen hoy de mitos diversos para sus representaciones gráfi-

cas, de sucesos y personajes fabulosos que son considerados por el público como verdaderos.

Por esta causa la historia debe leerse con criterio ilustrado é imparcial, porque las preocupaciones dominantes en el período á que se refieren los hechos, obstruyen la verdad ó la oscurecen por la pasión política ó religiosa, ú opiniones contrarias al criterio particular del historiador, interesado en desfigurarlas.

La Antropología ha llegado por los adelantos de las ciencias naturales á penetrar en el origen oscuro del hombre; pero sin detenernos en detalles que ocuparían un libro, podemos convenir que las sociedades humanas empezaron en la unión de los padres y los hijos y en las relaciones de éstos para constituir la familia. El amor natural á su progenie fué el primer estímulo para buscar un refugio ó lugar seguro, donde depositar objetos tan queridos como débiles, que hubieran sido víctimas de las fieras, si en la lucha por la existencia, no hubieran encontrado un medio de preservarlos. De aquí, la habitación en las cavernas ó cavidades del suelo tan frecuentes en los terrenos secundarios ó terciarios, particularmente en los ásperos y montañosos. Estos subterráneos resultan del trabajo de los gases ó líquidos en las capas ó estratos del interior del globo ó de su corteza; y su fácil reconocimiento, bastó al salvaje para ocultar allí su fa-

milia, defendiendo la entrada con piedras, troncos de árboles ó ramas, recogidas en los bosques inmediatos. En aquellos oscuros recintos, generalmente extensos, permanecerían los débiles mientras los más fuertes buscaban en las selvas, frutos ó plantas, ó se ocuparían en la caza ó en la pesca, para obtener el indispensable sustento: cuando las familias se multiplicaron, buscarían en otras oquedades ó cavernas inmediatas, habitaciones separadas, pues sabemos por observaciones directas que estos subterráneos no son únicos en un terreno, sino por el contrario, su número se extiende por el interior de los eslabones de una montaña, como hemos visto en el terreno carbonífero inferior de la sierra del Agua inmediata á Guadalcanal, en San Nicolas del Puerto, Aracena, Carratraca y otros puntos de Andalucía.

De aquí debieron resultar verdaderas asociaciones de familias para constituir pueblos más ó menos numerosos, cuyos habitantes se prestaran mútuo apoyo contra los animales feroces, y en otras ocasiones se combatirían para dominar ó apropiarse los alimentos de sus vecinos.

Unidos al principio, obedecerían al padre ó al más anciano como jefe, formando una especie de gobierno patriarcal; más tarde, constituirían una tribu, cuyo cacique ó superior ejercería jurisdicción sobre otros grupos, entablando rela-

ciones con los más próximos, entre los que se originarían discordias y guerras, resultando la anexión de los vencidos y el predominio de los vencedores.

Imposible sería en los estrechos límites de este ligero trabajo, seguir paso á paso las peregrinaciones que emprendieron los Trogloditas antes de formar naciones ó monarquías.

La vida salvaje como la de todas las inteligencias inferiores y egoistas, dominadas por lo maravilloso y sobrenatural, no admite reformas: creen que las leyes y costumbres de sus padres son inmejorables y es impío el alterarlas. En las asociaciones primitivas donde no había nada escrito para poder ilustrarse, los libros eran la tradición conservada por los ancianos á quienes la experiencia y práctica de la vida, los capacitaba para hacerse respetar de las tribus, y el día que por el aumento de la población, nacieron los antagonismos, apareció como árbitro el hombre audaz y guerrero, que con su energía y valor los avasalla, constituyéndose en jefe, consiguiendo por el temor y la astucia someterlos y hacerse respetar.

Pero comprendiendo á su vez, que no basta la violencia ó la fuerza bruta para dominar las muchedumbres, sino que se necesita además la opinión pública, el jefe astuto buscó consejeros influyentes, escogidos entre los más ilustrados

para representantes de los dioses, de quienes creían eran intérpretes ó intermediarios.

Observadores de la naturaleza y de los fenómenos extraordinarios que ésta ofrece á una intuición ineducada, los ministros de aquellas supersticiones, influyeron en las costumbres salvajes, y se hicieron los depositarios de enigmas que no comprendían ellos mismos, pero que supieron revestir del aparato y ostentación con que se engaña la ignorancia de lo desconocido por creerlo sobrenatural y divino; y asociados éstos elementos con los de la monarquía empezó á ser posible el gobierno de los pueblos bárbaros.

La trasmisión por herencia de las costumbres y leyes de los estados poderosos, fué debida principalmente á la violencia y la fuerza, impuesta por hombres absolutos y omnipotentes, apoyados en las preocupaciones de los intérpretes de sus doctrinas: estas supervivencias arraigadas en la India y el Egipto formaron grandes imperios. Pero antes de alcanzar el grado de civilización que admiran las generaciones actuales, tuvo el hombre que vencer inmensas dificultades.

Los habitantes de las cavernas una vez provistos de recursos y medios suficientes para triunfar de las fieras, abandonaron sus refugios, y errantes ó vagamundos buscaron otras regiones

donde establecerse: unos se fijan en los deltas de los grandes ríos, estableciendo tiendas ó chozas en los bordes del Mediterráneo ó el Océano: otros construyen Palafitos en el interior de las lagunas, y á imitación de los castores fijan su residencia en las corrientes de los ríos, donde mejorando sus condiciones sociales é industria, le aseguran la subsistencia con los productos de las aguas, y la seguridad de su hogar.

Sometidos á la autoridad de jefes inteligentes, fundan establecimientos ó colonias en los bordes del mar, unas veces por el comercio y otras por la conquista, hasta constituir gobiernos fuertes, repúblicas ó monarquias, y establecen leyes según el estado de su cultura. Entonces empezó el primer período de civilización y sociabilidad: se establecen convenios para la paz y la guerra, se hacen concesiones mutuas y se dictan leyes hasta alcanzar el grado de cultura semibárbara consignada en los libros históricos antiguos y modernos.

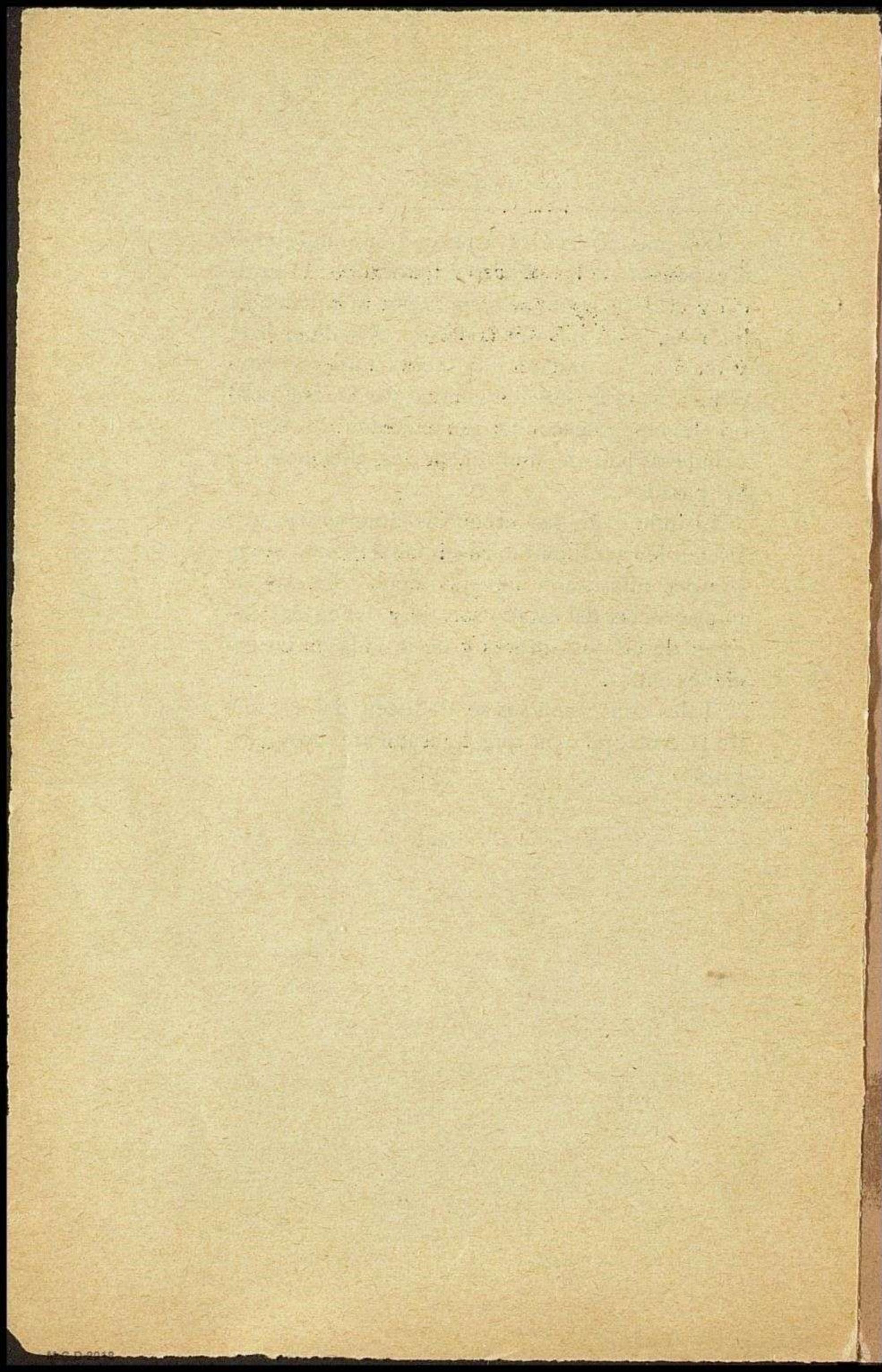
Todavía la humanidad no está conforme sobre cual es el mejor gobierno que guía las naciones á un estado zoológico perfecto ó por lo menos equitativo: todos se han ensayado; pero ninguno hasta el presente satisface á la generalidad. Para resolver este difícil problema es indispensable igual ilustración y cultura en las naciones.

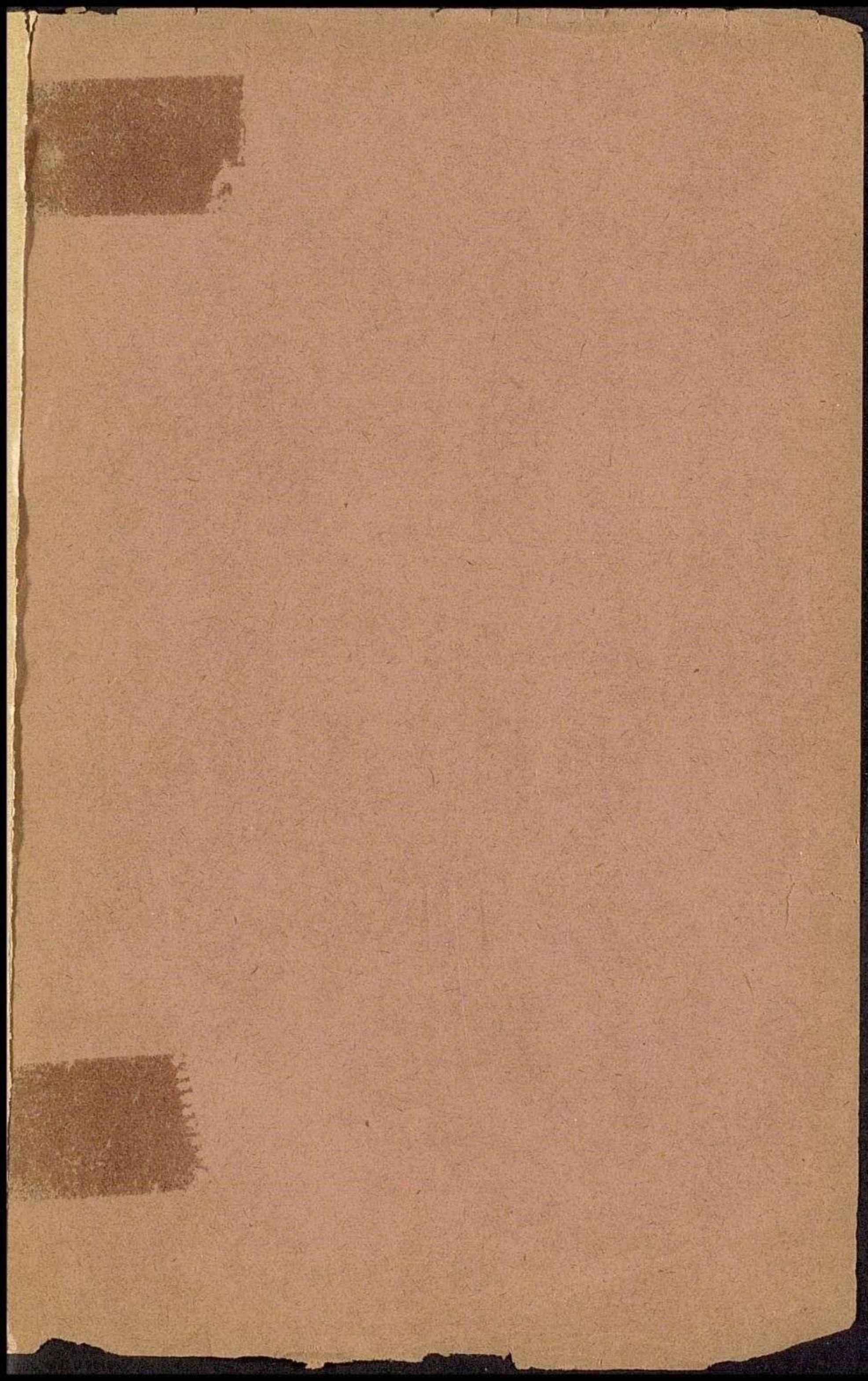
Las más poderosas aspiran á engrandecerse á expensas de las débiles é ignorantes: la justicia y el derecho no se respeta por la conciencia humana, y los mismos legisladores la conculcan y tergiversan: mientras la fuerza impera como última razón no hay humanidad verdadera; pero no debemos desconfiar del porvenir: los siglos venideros han de multiplicar los adelantos de los pasados.

El influjo de las creencias dogmáticas que pretenden ser inmutables é infalibles, será siempre perjudicial á la universal concordia: son reminiscencias del estado salvaje y deben desaparecer de las costumbres y de la vida en las naciones cultas.

Tales consecuencias se deducen del estudio de la Antropología que ligeramente bosquejamos.

*Antonio Machado y Nuñez.*





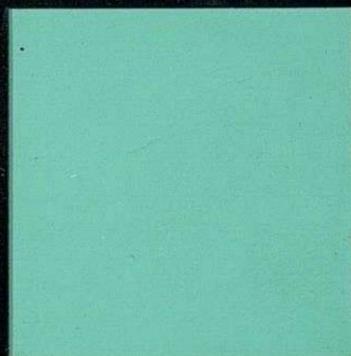
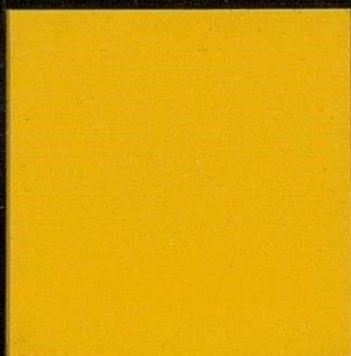
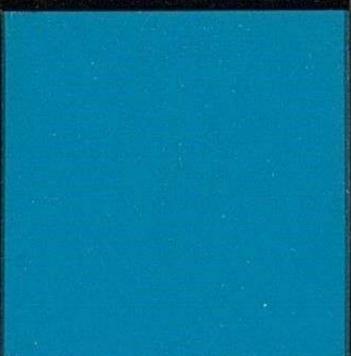
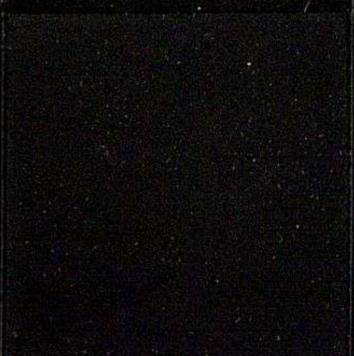
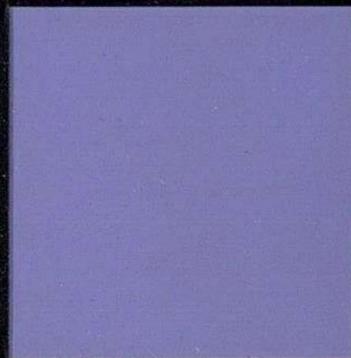
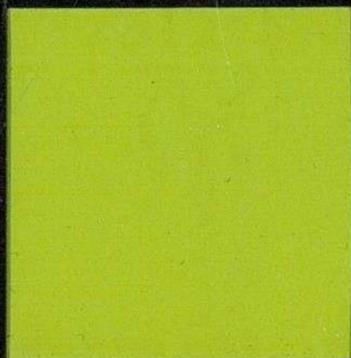
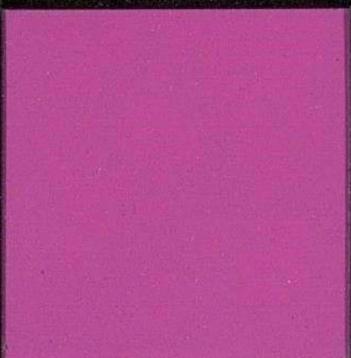
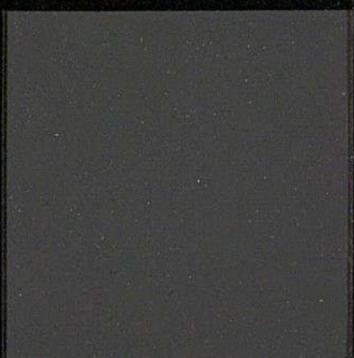
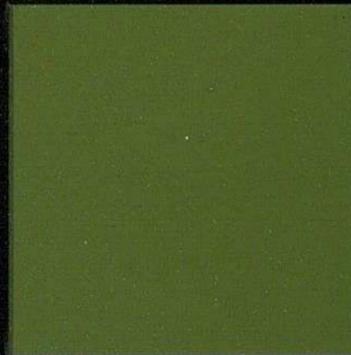
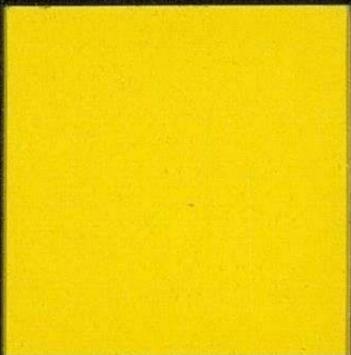
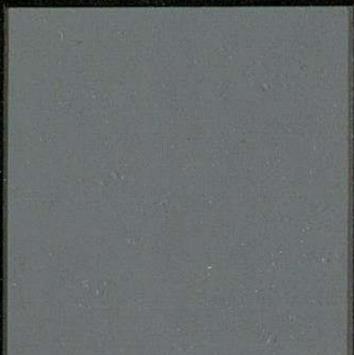
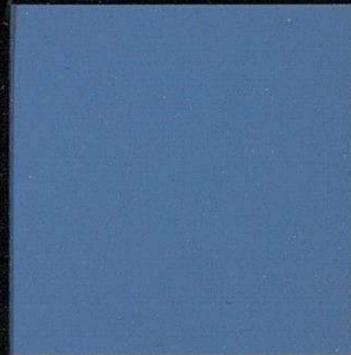
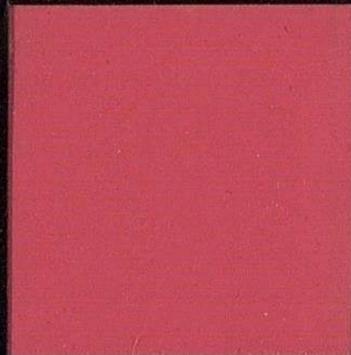
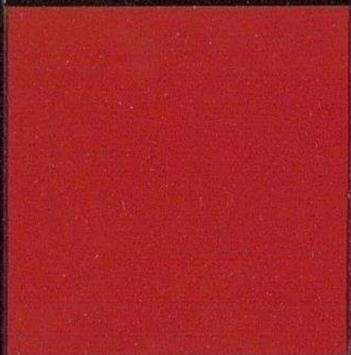
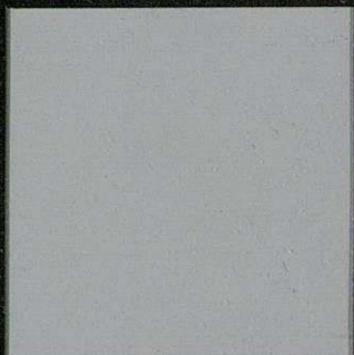
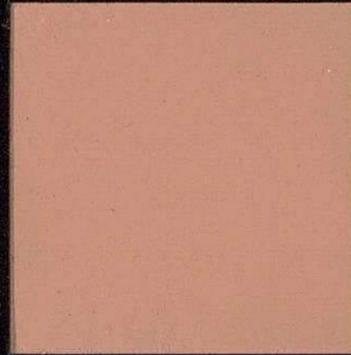
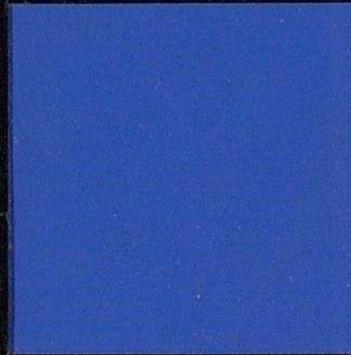
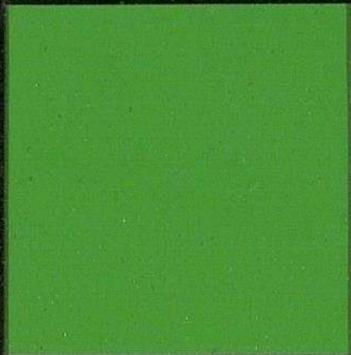
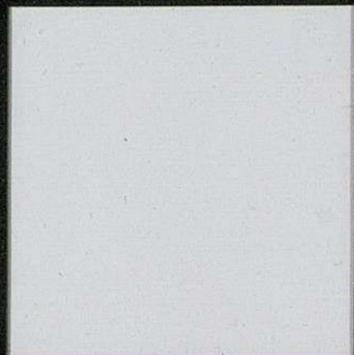
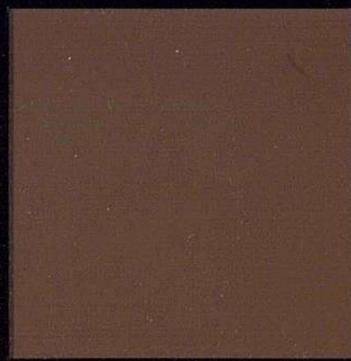
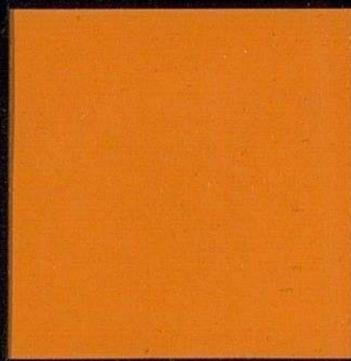
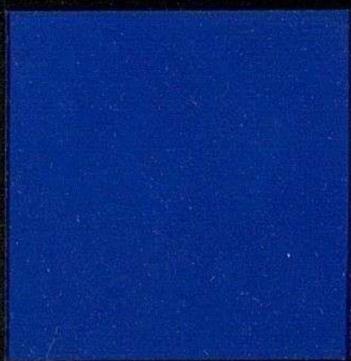
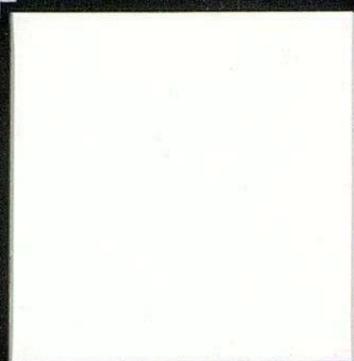


los adeptos de los bienes terrenales á la caridad, es decir, á ser grandes riquezas, construir templos, conventos numerosos, donde pudiesen con toda tranquilidad dedicar sus preces al eterno, para que los creyentes la bienaventuranza.

Todavía pretenden hoy los miserables creencias, acaparar la razón libre y dominar las conciencias, obediencia á la astucia y la fuerza á seguir un camino y no conseguirían su objeto si los humildes y egoístas no los favoreciera la protección é indiferentismo. En España los conventos se multiplican: las asociaciones místicas han llegado á su apogeo pero es superior á las que existían en la exclaustación. Si los hombres no levantan la cabeza y viesen á los hijos y discípulos hacen para destruir que á espensas de tanta sangre gotearon, renegarían de sus hermanos, cómplices en desvirtuar á los apóstatas de las ideas de sus padres, menos en su conciencia el remordimiento de los males que causan á la patria en el porvenir.

La causa de todas estas trasgresiones morales, consisten en la mala

X:rite



colorchecker CLASSIC

mm